

Daban el *toque de ánimas* en las iglesias de la capital, cuando el carruaje llegó á la garita.

Después de vencer con dinero, las dificultades que los guardas oponían para franquear el paso al carruaje, este comenzó á rodar lentamente por el empedrado húmedo y frío de las calles de México.

Después de un cuarto de hora de marcha, el carruaje llegó á la calle de *Revigigedo*, y se detuvo en el número \*\*. Seguramente eran esperados allí los viajeros, pues pasados diez minutos, sin que nadie hubiese llamado á una gran puerta, esta se abrió del todo, y el coche entró en un patio cuadrangular, alumbrado por lámparas de aceite, brillantes y lujosas.

Un mozo abrió la portezuela diciendo:

—¡Mi señor amo don Pedro, en qué situación nos volvemos á ver!

El anciano bajó del coche y contestó al mozo:

—Mi viejo Nicolás; qué quieres, hijo mío, es una prueba que el cielo me envía. Y agregó: ¿cómo sigue el enfermo?

—Mal, señor, muy mal.

—¿Está solo?

—No señor.

—¿Quién está con él?

—Ellos!

El anciano exhaló un gemido; dió la mano á su hermana para que bajara del coche, y tomados del brazo, y precedidos de Nicolás, subieron la escalera con cierta lentitud.

## PRIMERA PARTE.

### GERARDO.

#### UN NOVIO OFICIAL

A mediados del mes de Abril del año de 18..... es decir, veinticinco años antes de la llegada de don Pedro y de Camila su hermana á México, la sala de la casa de don Nemesio Pastrana, situada en la calle de la *Concepcion*, presentaba un aspecto inusitado.

Don Nemesio era un hombre de unos cincuenta años, que habia visto deslizarse los mejores de su juventud, en el *Ministerio de Guerra y Marina*, aunque de marina jamás habia tenido que *despachar* negocio alguno.

El señor Pastrana era jefe de una *mesa*, que no *despachaba*, pero su excelencia el ministro le tenia particular cariño, por treinta años de buenos servicios, y por su prácti-

ca indisputable en ciertos negocios. Mas de una vez, su excelencia habia pensado *jubilarse* al señor don Nemesio, pero comprendiendo que la *jubilacion* seria para su amigo, peor aún que una borrasca en las *Antillas*, dejólo en el ministerio, disfrutando de ciertas prerogativas.

Don Nemesio, pues, cuando su excelencia pedia la *firma* despues de las cinco de la tarde, ya se habia marchado á su casa.

En su casa era á donde el señor don Nemesio se creía en un Eden, y á fé que habia razon para ello. Figuras, lectores, que allí tenía el señor Pastrana dos ángeles; porque Constanza, su hija mayor, contaba diez y nueve años: no era un tipo de belleza, pero tenia un rostro agraciado, unos ojos que expresaban sin intencion, la languidez y el amor, unas manos y piés, pequeños y bien formados.

En cuanto á Julia, su hermana menor, diremos: que era bellísima, aérea y espiritual. Era el reverso de Constanza, tanto en figura como en carácter.

Julia era blanca como su hermana, pero de pelo rubio y ojos azules. Julia era alegre, frívola, charlatana; Constanza sombría, seria y de pocas palabras.

Ambas hermanas, eran sencillas, virtuosas y de un corazón sensible.

Creemos con esto haber dado á nuestros lectores una idea de la familia del señor Pastrana, y por lo tanto vamos á referirles lo que esa noche pasaba.

La sala, como antes dijimos, presentaba un aspecto inusitado, pues los á muebles, que eran de caoba con asientos de cerda, se les habia quitado esa noche las cubiertas de indiana y estaban relucientes, gracias á un poco de aceite con que las jóvenes los habian limpiado: sobre la mesa redonda, ha-

bia dos candeleros de cristal verde, conteniendo velas de esperma. En la consola, sobre la que descansaba un espejo de cortas dimensiones, habia otros dos candeleros con sus respectivas luces.

Don Nemesio, sentado en el sofá, veía todos aquellos preparativos con miradas hoscas.

—¡Constanza! gritó Julia, pon las escupideras en su lugar, y traeme el brasero con lumbré.

Constanza ejecutó lo que Julia le habia ordenado. Julia perfumó la pieza con alhucema y liquidámbar.

Don Nemesio comenzó á toser, pero no dijo una palabra.

Luego que Julia, que parecia llevar la *batuta*, hubo terminado en sus faenas, se paró junto á la mesa redonda, dirigió una mirada escrutadora á la sala, y sonrió satisfecha, como lo hubiera hecho un general, despues de ver bien colocados á sus soldados, próximos para un ataque. Julia era una muchacha viva, esa noche se iba á batir y queria derrotar por completo al enemigo.

—Vaya, dijo don Nemesio, con una especie de enfado, todo está listo, solo falta el *mequetrefe*.

—Qué *mequetrefe* ni que nada, contestó Julia con violencia: ¡por Dios, papá! á todo le pone usted *peros*...

—¡Hum! hizo don Nemesio, por no disgustar á sus hijas de quienes era esclavo.

Julia cantando, se acercó al espejo para contemplarse: la criatura estaba bella. Un vestido trasparente, ceñido á la esbelta cintura, dibujaba sus delicadas formas. Su peinado era sencillo pero elegante.

El reloj del convento de la *Concepcion*, marcó sonoramente las diez. Julia se estremeció y miró á Constanza:

esta se sonrió, haciéndole una seña de inteligencia á su hermana.

Al espirar la última campanada, la criada entró á avisar que un *señor* preguntaba por el *amo*.

—Que pase al instante, contestó Julia; y fué á sentarse al sofá.

Momentos despues, se presentaba en la sala un jóven alto, de color apifonado, de ojos pardos muy vivos, pelo castaño, boca pequeña y el rostro sombreado con ese aire melancólico que imprime en la fisonomía de los jóvenes la barba naciente.

Don Nemesio se habia puesto en pié. El jóven, al llegar á cierta distancia, se inclinó profundamente ante el señor Pastrana, sin proferir una palabra.

Julia exclamó al punto:

—Papá, tengo el gusto de presentarle á usted al señor don Gerardo Urrutia, persona de quien hablé á usted ya.

—Caballero, soy su servidor; tome usted asiento.

Despues de las fórmulas de estilo, se sentaron.

—¿Que le parece á usted nuestro barrio, Urrutia?

—Es bueno, Julia.

—Usted qué ha de decir.

—Positivamente.....

—Nosotras estamos contentas, porque mamá vivió por este rumbo mucho tiempo, dijo Constanza.

—Ademas, agregó don Nemesio, la casa es cómoda para nosotros, y la renta es moderada: yo soy pobre y debo arreglarme á mi sueldo por.....

—Papá es muy económico, repuso Julia, temiendo que el autor de sus dias con su acostumbrada franqueza militar, fuese á decir algo inconveniente.

Hubo una pausa: Gerardo miraba á hurtadillas á Julia;

esta correspondia á sus miradas, y su rostro irradiaba de satisfaccion.

—Ayer pasó usted á caballo por aquí, dijo Julia, pero tan aprisa, que apenas lo reconocí, cuando habia usted desaparecido.

—Sí, Julia, un negocio urgente me obligó á fatigar á mi *retinto*.....

—¿Está usted empleado en algo? preguntó don Nemesio.

—¡Ah, qué papá! dijeron las jóvenes.

—No señor, contestó Gerardo sonriendo, vivo de lo que papá me manda y me ocupo de algunos negocios de la familia, por pura distraccion: lo mas de mi tiempo lo empleo en pasearme.

—Hum! hizo don Nemesio.

—¿Le parece á usted malo, señor?

—No es del todo bueno, jóven, el que usted no tenga en que distraerse, digo en que ocuparse, así, seriamente: por que..... en fin, esta es mi opinion.

—Muy respetable, señor; y prometo á usted seguir su consejo.

—Hará usted bien.

Reinó de nuevo un momento de silencio. Las muchachas estaban mortificadas. Gerardo no estaba muy á su gusto.

—¿Fué usted á la feria de Talpam, Urrutia? dijo al fin Julia.

—¡Sí, señorita! tratándose de diversiones voy á todas partes.

—¿Qué tal estuvo?

—Muy amena.

—¿Bailó usted?

—Algo..... por compromiso. Soy poco bailar. ¿A usted le agrada el baile?

—Es mi mayor placer.

—¿Y á usted, señorita?

—Poco, contestó Constanza.

Gerardo miró su reloj. Un magnífico reloj de *Tobias*, con su cifra en la tapa, formada de brillantes.

—Tan pronto..... dijo Julia á Gerardo.

—Otra vez seré menos breve, contestó el jóven. Voy á escribirle á papá de un negocio importante. Y recaló la palabra *negocio*, mirando con amor á Julia.

La jóven bajó los ojos ruborizándose.

—Señor, dijo Gerardo, poniéndose en pié. Al tener la honra de pisar su casa, la señorita su hija habrá impuesto á usted de mi pretension, segun se lo indiqué en mi carta: creo que usted no la rechazará, puesto que es honesta y caballerosa.

—Jóven, contestó don Nemesio, la conducta de usted, es en efecto leal y decente: hasta ahora, no tengo otra tacha que ponerle que sus pocos años, veremos despues..... Soy su servidor, y esta es su casa.

Gerardo estrechó la mano de don Nemesio, se inclinó profundamente ante las jóvenes, y salió de la sala acompañado de la familia, que le alumbró hasta la escalera.

Las muchachas corrieron al balcon. Gerardo montó en su carruaje, y este se alejó de la casa al trote de su magnífico tiro de frisiones.

Cuando el coche desapareció de la vista de las muchachas, cerraron el balcon y se dirigieron á donde estaba el señor don Nemesio.

—¿Que tal, señor papá, es un *mequetrefe* el novio?

—Nó, pero no me inspira confianza.

—¡Jesus, papá! es usted incapaz.

—Tonta, dijo don Nemesio, mirando á su hija con profunda ternura: ¿crees que yo no desee tu felicidad?

—Sí, papá, contestó Julia conmovida.

—Pues bien, hija mia, no te alucines: ese jóven es rico; la mayor parte de los ricos son libertinos. Esto es consiguiente: el ocio y el dinero, son los agentes del libertinaje. Me llamaron la atencion varias cosas que he estado reflexionando y de las cuales te diré la primera: él, como he dicho antes, es rico y los ricos se casan entre sí. No creo que venga á ofrecerte su corazon y su mano de buena voluntad; tú eres pobre y no debes de ser su ideal; ademas yo tomaré informes.....

—En cuanto á eso, no, dijo Constanza, Julia es bonita, y no sería el primer rico que se casara con una jóven sin patrimonio.

—Ya veremos mas tarde, dijo don Nemesio; y mientras sus hijas entraban al comedor á cenar, él se dirigia á su recámara.

—Papá vé visiones, dijo Julia: ¿no es verdad, Constanza?

—Yo creo que Gerardo te ama, repuso su hermana.

—¡Qué elegante es! ¿verdad?

—Y simpático.

—Qué pulcro en su conversacion!

—Te felicito, Julia.

—Gracias, hermana.

Las jóvenes cenaron alegremente y continuaron hablando de Gerardo.

Una hora despues, Julia se dormia arrullada por el recuerdo de su amante.

Constanza, señaba cosas extrañas.....



La puerta se abrió inundando de luz el oscuro pasillo. El embozado había entrado, y la puerta volvió á cerrarse.

La pieza á donde el desconocido había entrado era bastante espaciosa: en el centro estaba una mesa rectangular, cubierta con un tapete verde.

Del techo pendían grandes lámparas de aceite con reverberos de hoja de lata, que hacían bajar la luz con toda su intensidad sobre la mesa, permaneciendo el techo á oscuras. Fijados en la pared, por medio de clavos, había otros quinqués.

Muchas sillas de madera blanca y tosca estaban diseminadas por el aposento.

Sobre la mesa había una cantidad considerable de monedas de oro y plata colocadas simétricamente.

Una reunión de hombres, como de cuarenta ó cincuenta, se hallaba sentada junto á la mesa, y otros en pié, porque no había lugar para ellos.

Al entrar el embozado, volvieron algunos la cara, y uno de ellos exclamó:

—Por aquí, señor don Gerardo Urrutia, por aquí hay un asiento.

—Gracias, don Modesto, contestó Gerardo y ocupó su lugar.

Algunos de los jugadores lo saludaron con agrado.

Reinó un momento de silencio: el *tallador* barajaba.....

Dió á alzar, y dijo echando el albur:

—As, sota; oro, copa.

Oyóse el ruido de la plata y el oro, y palabras como estas:—«Me hace usted favor de ponerme ese peso en su *parada*..... Esto, á la sota, caballero, usted que alcanza.....

Diez onzas á la sota, sin viejas..... Cuatro onzas al as, sin

*espadas*..... Esto fuera de puerta, dijo un viejo de nariz granugienta, dándole á Gerardo cuatro pesos.

Gerardo había puesto veinte onzas al as.

—Corre, dijo el montero.

Todos callaron, el aleteo de una mosca se hubiera percibido en ese momento con toda claridad.

Los ojos estaban fijados en las manos del tallador que corría la baraja.

Algunos jóvenes elegantes, como Gerardo, manifestaban una indiferencia estóica, que no sentían.

¡Que odiosa es la cara de un jugador en este momento de angustia suprema para ellos! El demonio de la ambición bate sus alas por encima de sus cabezas.

Ningun gobierno de orden debe consentir jamás á esa lepra inmundada.

¡Gobernantes! perseguid el juego como el virus social, mas dañoso á la humanidad.....

.....  
—El as *viejo*, dijo el tallador presentando el as de copas á las diez cartas.

Entonces se escuchó un murmullo sordo: el ruido del oro y de la plata que recogían por un lado y que pagaban por otro los empleados de la partida secreta, se confundía con algunas conversaciones.

Los que habían apostado al as, estaban contentos, los que fueron á la sota, renegaban unos, y otros disimulaban su cólera diciendo: «Me gustaba mucho esa sota: ¡caramba! hubiera jurado que venía, pero siempre los oros me son fatales.

Las conversaciones quedaron interrumpidas al oír al montero que decía:

—Seis, cuatro; espada, basto.

GERARDO.

Se volvió á oír el mismo ruido, y se escucharon palabras como las que se dijeron al *echar* el primer albur.

Gerardo habia apostado al seis cuarenta onzas.

—El seis á la segunda, *viejo*, dijo el montero.

—*Banco y baraja*, dijo un jóven imberbe, que jugaba con el oro y que estaba pálido de ira.

—Sí, sí, dijeron varias voces, esa baraja está ya *caliente*.

—Ah que usted, don Pedro! dijo un jugador á otro con ira mal reprimida, ha echado la *vaca* por un voladero. Está usted mirando que se está haciendo la *grande*, que don Gerardo está jugando á la *dobla*, y usted.....

—Dos y rey, oros; dijo el nuevo tallador.

—*Baraja fria, á la judía*, dijo el don Pedro á quien habia reclamado su compañero.

—*Dos de un color, á la mayor*, dijo otra voz.

—Nada de *judías* ni *contra-judías*, decia el compañero de don Pedro, siga usted á don Gerardo que es hombre de fortuna.

Gerardo habia puesto al dos ochenta onzas.

—Corre, dijo la voz del montero.

El silencio, la *avidez* y la *angustia* duraron un instante porque la misma voz dijo:

—El dos de espadas á la puerta.

Don Pedro habia ido al rey..... Su compañero prorumpió en un juramento.

—Estás *afortunado* esta noche, Gerardo, exclamó un jóven.

—Como siempre, dijo otro.

—Va usted á *desmontar*, dijo don Pedro mirando á Gerardo de la manera mas amable que se puede ver, y lanzándole una sonrisa de esas que convierten en amigo del que las lanza, á aquel á quien son dirigidas.

—No, señor, contestó Gerardo, solo me propongo ahora ganar una cantidad que necesito para mañana.

—Caballo y sota, espadas, dijo el montero.

—Otra vez, dos de un *color*, dijo una voz al oído de don Pedro; vaya usted con el señor Urrutia.

—No, dijo este, lo que es ahora, pierde don Gerardo porque fué á la sota.

—No, no pierde, vaya usted á la sota.

—Corre, dijo la voz. Cayendo á bastos la *vieja*, agregó.

Gerardo habia apostado ciento sesenta onzas á la sota.

—La sota *moza*, á las ocho cartas.

Escuchóse entonces un murmullo de admiracion, Gerardo habia ganado cuatro albures seguidos.

—Me voy, dijo el jóven, guardándose en sus anchos bolsillos trescientas veinte onzas. Adios, señores.....

Todos le saludaron, y muchos lo siguieron con una larga mirada.

Aquella mirada iba henchida de *ambicion*, de *celos*, de *envidia*, de *furor*.....

Don Pedro, que habia perdido todo, se acercó á Gerardo y le pidió prestado; el jóven le regaló diez onzas.

No he visto gente mas *pródiga* que los jugadores cuando ganan. Ya se vé, lo que poco cuesta.....

—Es un mal caballero Gerardo, dijo un jóven á otro jugador, yo nunca me retiro ganando sino hasta que se levanta la *partida*.

¡Qué sarcasmo! ¡qué ironía!

Lllaman los jugadores *poco caballeroso* que se levante un *punto* cuando gana, debe permanecer hasta que lo *desplumen*.

Lo *nada caballeroso*, lo *inmoral*, lo *reprensible*, es fre-

cuentar esos garitos inmundos, por otro nombre *partidas*, á donde el hombre de honor se envilece y se degrada. El jugador es peor aún que el bandido que sale al camino: trataré de probarlo. El segundo ha perdido todo sentimiento de honor, de vergüenza y de educación: el primero no vive en medio de una sociedad á quien roba por medio de la seducción y deslumbrándola con una ganancia efímera.

Sus potencias se embotan permaneciendo dias y noches enteras al lado de la mesa del juego. Si ganan, beben por placer, si pierden, para ahogar su insaciable sed de oro en el vino. Se olvidan los afectos mas caros y santos por el amor al juego; cuando se pierde, se roba para jugar..... ¡Y pensar que muchas veces, esta clase de hombres ha estado bajo la egida de la ley!

Muchos é ilustres escritores, han hablado en contra del juego; mi débil voz nada vale, soy un pigmeo, mas no importa, coloco mi grano de arena al lado de sus grandes obras, para lanzarles al rostro á los adeptos de *Birjan*, un anatema, un reproche mas.

Yo me complazco al ver que en la actualidad, un gobierno moral, persigue el juego.....

Sigamos á Gerardo.

Al salir de la partida secreta, se dirigió á la plazuela de «Santo Domingo;» allí le esperaba su carruaje. Montó en él y el coche partió al trote de sus impacientes caballos.

En el momento en que el carruaje penetraba en la casa número \* de la calle de «Revillagigedo,» daba la una de la mañana el reloj de san Diego.

El jóven se apeó y subió la ancha escalera de su lujosa habitacion, precipitadamente.

En el corredor le esperaba uno de sus criados: era su camarista.

Gerardo entró en la antesala, despues en la sala, y por último en su recámara.

La recámara del señor Urrutia era sumamente lujosa y comfortable.

La alfombra, los muebles, el lecho y las colgaduras, eran objetos sumamente valiosos y del mejor gusto: el leon mas exigente, nada hubiera tenido que desear allí, ni que reprochar.

Gerardo sacó de sus bolsillos todo el oro que habia ganado, y lo fué apilando encima de su mesa de noche. El camarista alumbraba á su amo contemplándole á la vez con triste bondad.

—Nicolás, dijo el jóven, desnúdame; y despues tráeme un trozo de carne fria y medio vaso de vino.

El mozo comenzó á desnudar á Gerardo en silencio, mirándole siempre á la cara. Gerardo llegó á observar que Nicolás lo veía con insistencia, y le dijo:

—¿Qué me ves tanto, zopenco?

—¿Fué usted á jugar hoy, niño?

—Sí, ¿y qué?

—Es malo el juego, contestó Nicolás, colocando un pañuelo en una canasta de bejuco.

—Luego se conoce que eres del año de uno, y tambien que has sido antiguo servidor de mi padre. Debido á eso, te tolero tus regaños: pero te advierto que no los soportaré por mas tiempo.

—¿Qué, me despedirá el niño?



—Tanto como eso, nó.  
 —¿Me pegará el niño?  
 —No, bruto, no: no te haré nada, però no me niñees mas ni me atosigues; traeme la carne y el vino.

El criado desapareció.  
 Gerardo se metió en el lecho, prorumpiendo en una exclamacion de placer. ¡Caramba! que agradable es su cama de uno..... Sobre todo, despues de dos desveladas... ayer en la noche con Rosario, que es incansable para bailar, y hoy en la partida. Ah, ah, hace frio, continuó el jóven, y se hundió en sus magníficos colchones de pluma.

Nicolás entró con una charola, conteniendo en un espléndido servicio, lo que se le habia pedido.

Gerardo se incorporó en el lecho, y se puso á cenar con satisfaccion.

El camarista le contemplaba á cierta distancia.

—Nicolás.....

—Niño.

—Ya te he dicho que no me digas niño.

—Como ví nacer á su merced, y lo cargué, y.....

—Sí, sí, ya sé la historia: no me la repitas. ¡Qué chocheces tienes! Dime cómo se te dá la gana y escucha.

Mañana, llevas tú mismo la mesada á la señorita Rosario: pagas los recibos que vengan á cobrar; me despiertas á las once, vas á la joyería y dices que me traigan un aderezo de lo mas elegante: el coche que esté listo á las once y media; guardas el dinero que sobre, y te cojes lo que se te dá la gana. ¿Entendiste? Ya sabes que prefiero repetir mis órdenes y no ser mal servido ó mal comprendido.

—Nada se me olvida.

—Repítelo.

—Pagar lo que cobren, despertar al niño á las once, traer un aderezo, el coche á las once y media, guardar el dinero y cojerme lo que quiera, dijo el mozo con cierto sonsonete, como muchacho de escuela ante el pedagogo.

—Nicolás..... ¡caramba! ¿y la mesada?

—Era mejor no.....

—¡Silencio!

—Para esa.....

—¡Silencio! y obedezca usted.

—Coscolina de mis pecados, dijo Nicolás recojiendo los trastos y dando las buenas noches á su amo.

Gerardo nó pudo menos de reirse cuando hubo salido Nicolás.

El jóven apagó la luz, las cortinas del lecho cayeron, y Gerardo murmuraba:—«Es un perro fiel este Nicolás, gruñe, pero no muerde.....»

Media hora despues, se oía en la recámara la respiracion tranquila de Gerardo: dormia.

—Parece que cobramos un poco de vida, ¿no es así? —  
 —Sí, mi Julia, ¿quién te ha de amar como yo, hija mía?  
 —¿Crees que tu padre, por un vano capricho, sin objeto, ar-  
 rancara de tu corazón las primeras impresiones que ha he-  
 cho germinar en él ese señor Urrutia que por tú mal cono-  
 ciste?..... No, Julia, no; pero ese hombre no te ama; mira,  
 soy viejo, y en este negocio tuyo poseo una *doble vista*:  
 veo con los ojos del hombre de experiencia y con los del  
 padre, que solo busca la felicidad de sus hijos.

EL PADRE Y LA HIJA.

—Parece que cobramos un poco de vida, ¿no es así? —  
 —Sí, mi Julia, ¿quién te ha de amar como yo, hija mía?  
 —¿Crees que tu padre, por un vano capricho, sin objeto, ar-  
 rancara de tu corazón las primeras impresiones que ha he-  
 cho germinar en él ese señor Urrutia que por tú mal cono-  
 ciste?..... No, Julia, no; pero ese hombre no te ama; mira,  
 soy viejo, y en este negocio tuyo poseo una *doble vista*:  
 veo con los ojos del hombre de experiencia y con los del  
 padre, que solo busca la felicidad de sus hijos.

CAPÍTULO A FONSIVA

Es jugador, ángel mio: no te conviene, aun suponiendo que te amara..... ¿Sabes lo que es un jugador? Es un hombre sin corazón, sin sentimientos: un hombre que todo lo sacrifica á su odioso vicio; que el día en que pierda venderá hasta la camisa que lleve puesta, que te dejaría en la miseria mas espantosa, y entonces..... ¡comerciaría con su propia muger! ¡¡Explotaría tu bellezall Hoy lloras por él, Julia, y mañana no te quedaria una lágrima en los ojos de vergüenza y de desesperacion..... ¡Qué dices, aceptas ese porvenir?.....

—No, papá.

—Entónces, ¿prescindirás?

—No tan pronto, papá: pero ofrezco á usted que dentro de unos cuantos días todo habrá terminado entre nosotros... Me cuesta trabajo, pero quiero obedecer á usted, y comprendo las razones alegadas.

En ese momento entró la criada diciendo que un mozo acababa de dejar lo que traía.

Julia recibió la charola que la criada le daba: sobre la charola iba un gran estuche de terciopelo azul y una carta.

Julia abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Señorita doña Julia Pastrana.—Casa de usted, Mayo 1º de 18.....—Señorita.—Ruego á usted me permita ofrecerle ese pequeño obsequio, como débil prueba de mi amor.»

«Espero que el papá de usted no llevará á mal que me permita esta libertad.»

«El regalito en cuestion, debió usted haberlo recibido hace algunos días, pero no habia en la joyería nada digno de usted. El presente acaba de llegar.»

«Su apasionado.—GERARDO.»

Julia abrió el estuche y quedó deslumbrada, pues era al

fin muger, es decir, amiga de las galaâ y de todo lo brillante; pero en obsequio de la verdad y de ella diremos que sufrió un terrible desencanto.....

Se acercó á su padre y le presentó la carta y el regalo.

Don Nemesio retiró con la mano el estuche sin quererlo ver.

Constanza entró en la sala, y como su hermana, quedó deslumbrada ante el regalo. Era un aderezo de brillantes sobre esmalte azul, compuesto de aretes, prendedor y pulseras. Las piedras eran de unas aguas claras, magníficas; la montadura intachable: las piezas, juzgadas artísticamente, estaban bien concluidas.

—¡Oh, qué alhajas tan espléndidas! exclamó Constanza; qué lástima que no las pueda usar una jóven honrada.

—Bien dicho, Constanza, dijo Julia.

—¿Estás convencida de lo que te decia yo hace un instante, hija mia? agregó don Nemesio.

—Sí, papá.

—¿Y que piensas hacer?

—Dirigirle en el acto una carta acompañándole su regalo, y.....

—Despidiéndole, ¿no es cierto? le interrumpió Constanza con altivez.

—Justamente.

—Bien, Julia; bien, Constanza: las reconozco en ese rasgo como dignas hijas mías, exclamó don Nemesio con orgullo. Yo te llevaré á bailes, al teatro, á cuantas diversiones quieras, hija mia, para que borres de tu corazón la impresion que haya dejado en él ese..... perverso jóven. En cuanto á él, se cuidará muy bien de pisar no solo esta casa, pero

ni la calle: yo veré á su excelencia, tú sabes que me estima, y se amenazaré á ese señor con un destierro á Ulúa si insistiera en perseguirte.

—No, papá; todo está remediado con un favor que voy á pedirle á usted.

—Habla.

Quiero entrar al convento de la Concepcion.

—Al convento! qué disparate! dijeron á la vez don Nemesio y Constanza.

—Por dos ó tres meses, agregó Julia, mientras... desiste Gerardo de... su propósito, y me olvida.

—No, hija mia, ¿por qué te habías de martirizar tú?

—Es que... dijo Julia conmovida, yo tambien deseo estar sola por algun tiempo, por...

La jóven no pudo concluir: la ahogaba la angustia. Don Nemesio sintió que el llanto venia á sus ojos, y dijo:—

—En mala hora lo conociste, Julia.

Reinó un momento de silencio. Los actores de aquella escena apenas podian dominar su emocion.

—Lo pensaremos, Julia, dijo don Nemesio al cabo de un instante.

—Quisiera que ahora mismo me diera usted su consentimiento, papá.

—Julia.....

—Papá.....

El padre y la hija se abrazaron llorando: Constanza estaba sumamente pálida, pero no vertia una lágrima. La hermana de Julia era muy orgullosa.

—Haz lo que quieras, dijo don Nemesio, desprendiéndose de los brazos de su hija. Nunca he cohartado tu voluntad.

pero espero que al cabo del tiempo que dices, volverás al lado de tu padre.

—Se lo ofrezco á usted.

—No hablemos más de ello.

Don Nemesio entró en su recámara: Julia se puso á escribir. Constanza estaba á su lado.